

MEDUSA REINA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

nº 76

MEDUSA REINA

Roberto Azcorra Cámara

Obra publicada con el apoyo del
Fondo Editorial Rita Cetina Gutiérrez



RENACIMIENTO MAYA
YUCATÁN
GOBIERNO DEL ESTADO | 2024 • 2030

SEDECULTA
SECRETARÍA DE LA
CULTURA Y LAS ARTES

FONDO EDITORIAL
RITA CETINA

*F*ICTICIA

MÉXICO
2025

GOBIERNO DEL ESTADO DE YUCATÁN

JOAQUÍN JESÚS DÍAZ MENA

GOBERNADOR DEL ESTADO DE YUCATÁN

SECRETARÍA DE LA CULTURA Y LAS ARTES DE YUCATÁN

PATRICIA MARTÍN BRICEÑO

SECRETARIA DE LA CULTURA Y LAS ARTES

PABLO ISAAC HERRERO QUEZADAS

DIRECTOR DE DESARROLLO ARTÍSTICO Y GESTIÓN CULTURAL

JOAQUÍN DE JESÚS TAMAYO ARANDA

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE FOMENTO LITERARIO Y PROMOCIÓN EDITORIAL

COMITÉ EDITORIAL RITA CETINA GUTIÉRREZ 2025

José Luis Mauricio Carrera Guerrero

Karla Lili Marrufo Huchim

Laura Olivia Machuca Gallegos

Luis Antonio Canché Briceño

Virginia Cristina Carrillo Rodríguez

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN

FICTICIA EDITORIAL

EDITOR: MARCIAL FERNÁNDEZ

DISEÑO DEL LIBRO: RODRIGO TOLEDO CROW

CUIDADO EDITORIAL: MÓNICA VILLA

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón, c. p. 01060,

Ciudad de México. www.ficticia.com ficticiaeditorial@ficticia.com

COLECCIÓN RENACIMIENTO MAYA DEL FONDO EDITORIAL RITA CETINA GUTIÉRREZ

1A. EDICIÓN 2025

D. R. © ROBERTO AZCORRA CÁMARA

D. R. © FICTICIA S. DE R. L. DE C.V.

D. R. © SECRETARÍA DE LA CULTURA Y LAS ARTES DE YUCATÁN

CALLE 18 No. 204 X 23 Y 25, COL. GARCÍA GINERÉS, C.P. 97070, MÉRIDA, YUCATÁN.

[HTTPS://CULTURA.YUCATAN.GOB.MX/](https://cultura.yucatan.gob.mx/)

ISBN DE LA SEDECULTA: 978-607-8515-88-22

ISBN DE FICTICIA EDITORIAL: 978-607-521-153-4

Este libro no puede ser reproducido parcial o totalmente sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

HECHO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

*A la memoria de Jesús Azcorra, Guadalupe Azcorra,
Enrique Coello, Norma Hernández,
María Jesús Moreno y Rafael Ramírez Heredia,
por la impagable deuda de su aprecio.*

Agradecimientos por su invaluable ayuda a:
Fátima Avilés, Marian Alpizar, Mónica Améndola,
Noé Castillo, Beatriz Espejo, Joaquín Filio,
Cristina Leirana, Carlos Martín Briceño, Mateo Peraza,
Rosely Quijano y Estefanía Rivadeneyra

Especialmente para Pennel Somsen y
Claudia Sosa Cárdenas.

CONTENIDO

VI LLEGAR EL AGUACERO	13
LA PRIMERA DE SAN COSME	29
CÍRCULOS.....	37
EN EL ALBA	45
RUTINA.....	51
SOBRE UN CABALLO DE TIEMPO QUE SE ESTREMECE.....	57
TRESCIENTAS SETENTA Y SIETE VECES.....	69
HEREDARÁN LA TIERRA	75
<i>NATURA REI</i>	83
SENTADA EN UN SOFÁ UNA TARDE DE SÁBADO.....	95
MEDUSA REINA.....	105
FANTASMA	117
MASCARADA	129
ODISEO EN LA HABANA	135
DEMOLICIÓN	143

Recuerdo que el amor era una blanda furia

Eduardo Lizalde

*¿La gente cree que al enamorarse se completa?
¿La unión platónica de las almas? Yo no lo creo así.*

Creo que estás completo antes de empezar.

Y el amor te fractura.

Philip Roth, *Animal moribundo*

VI LLEGAR EL AGUACERO

Había soñado con Karina semanas antes de volver a aquella ciudad. Desperté en la madrugada con un dolor incierto y la cabeza congestionada, tratando de retener las imágenes antes que desaparecieran. Entre la bruma del duermevela la reconocí a pesar de no ser fiel a mis recuerdos: estaba en una estación de autobuses con la maleta desgastada a sus pies y la mochila escolar. Después llegó su voz adolescente:

—Regresé como te prometí.

No había pensado en Karina por muchos años. Aunque físicamente la aparición fue de una mujer adulta, estaba seguro de que era ella. No pude volver a dormirme enseguida y, contrario a las recomendaciones del médico de hacer los ejercicios de respiración y tomarme las pastillas, fui en busca de la postal que me envió una semana después de su partida. Era una imagen turística ordinaria, compuesta por cuatro fotografías del puerto: la Escuela Náutica Marina Mercante, el Buque Escuela Cuauhtémoc, El Faro Venustiano Carranza y el Castillo de San Juan de Ulúa. Detrás de la tarjeta envejecida, Karina había anotado con su letra redonda: “Te amo, eres el mejor novio del mundo. Regresaré, te lo prometo”.

Promesa que no cumplió ni yo esperaba que lo hiciera, porque luego de subirse al autobús con su maleta raída, meses más tarde salí de aquel pueblo a continuar mis estudios y poco tiempo después toda mi familia.

Tal vez fue el rompimiento con Sara, el letargo al que se entra cuando una relación llega a su fin y no hay manera de extenderla; saber que la mayor parte de la responsabilidad es de uno; o despertar en esa bruma cerrada queriendo que todo termine; o apetecer un mensaje, una llamada que perpetúe esa vida cómoda, sin sobresaltos, mediocre, algo parecida a la felicidad. Quizás en ese momento, antes de levantarme a luchar contra la rutina y la depresión, cuando noté la añoranza por las amistades del pasado. Quise contactarme con algunos nombres que vinieron a la memoria. En otra noche de insomnio, indagando por las redes sociales, pude contactarme con una amiga: Ana, una prominente doctora que residía en la Ciudad de México a quien le pareció extraño que la buscara. Platicamos durante unas semanas y poco después dejó de responder los mensajes; lo creí justo. Las charlas fueron noticias viejas sin importancia, datos sobre nuestros conocidos de aquella época. Le pregunté por Karina, Ana no la recordaba fielmente, pero después me escribió contándome que lo último que supo era que, al parecer, había tenido un accidente o algo semejante. Un comentario anodino, pero que agudizó mi interés por saber más de ella.

Karina Chávez, ese nombre que con sólo pronunciarlo me provocaba tantas cosas. Pensé en ella tratando de reconstruirla, de oler su cabello, tocarle la mano, verla sonreír.

Necesitaba cerrar cosas del pasado. Pensé que la manera más sana de atravesar el proceso de mi separación era volver al mismo sitio donde existió mi primer vínculo amoroso.

Durante mucho tiempo la sombra de aquella muchacha me acompañó, pero nunca hice el intento por buscarla o preguntar por su paradero; no entendía si era tristeza o enojo. Evadí el asunto durante la terapia. Dejé de pensar en ella cuando me obligué a desasir ese recuerdo, abandonarlo por una vida real y, desde ese entonces, no volví hasta la madrugada cuando se apareció Karina para asegurarme que había cumplido su promesa.

2

La familia había llegado durante el verano en una camioneta Dodge guayín, que pronto vendieron como señal inequívoca de una mudanza permanente. Las lenguas viperinas aseguraban huidas, deudas no pagadas, homicidios dolosos y cierto catálogo variopinto que volvía ridículos esos chismes.

Tampoco se podía negar el extraño hecho de mudarse a un pueblo donde no tenían ninguna relación filial, lejos del golfo y en el que las películas nuevas llegaban semanas después de haber pasado por la región.

El cine y el parque principal era nuestro vínculo entre los adolescentes que vivíamos en el centro del poblado. Otros se reunían en las plazas de sus barrios, lo que creaba las rivalidades como si fuéramos de naciones diferentes. En ese entonces las películas en cartelera tenían casi el mismo argumento: antihéroes asesinos, justicieros de mal carácter, ninjas perseguidos, vengadores de la muerte de inocentes.

El Melody era un enorme galerón con una pantalla —no tan blanca— y dos ventiladores gigantes en las esquinas que refrescaban el lugar a punta de aire de tornado. En los

intermedios hacíamos fila para comprar una Coca-Cola de vaso encerado y palomitas en bolsa de papel estraza, mientras Luis Arcaraz repetía, desde una grabación desgastada:

Bonita,
Como el beso robado,
Como el llanto llorado
Por un hondo placer.

Con la venia de mi padre, cinéfilo empedernido que nos abandonó para irse a vivir con una adivinadora, los sábados yo iba al cine. Al final de la última función, el taquillero esperaba que los menores de edad saliéramos para dar la indicación y se proyectaran los avances de las cintas para adultos. Muchas veces algunos nos escondíamos entre las bancas de madera para ver los cortos de las musas eróticas de aquel entonces: Elizabeth Aguilar, Angélica Chaín, Sasha Montenegro, Olga Breeskin, Jacaranda Alfaro y Leticia Perdigón, quien me recordaba el tono de piel de aquella veracruzana que había llegado a vivir a nuestro infierno desamparado.

Nuestro cine era como siempre he creído que deben ser todos: aroma de palomitas recién hechas, sin otra cosa más que la salsa roja y ardiente que obligaba a darle un sorbo a la gaseosa. Nada de complicaciones y precios exorbitantes, uno no iba a comer, sólo a calmar la ansiedad de esas películas de acción que nos hacía querer ser héroes, como Shô Kosugi, Charles Bronson, Clint Eastwood, hombres recios sin miedo a la muerte ni lágrimas que verter.

Había que llegar temprano a la función para ganar la primera fila del tapanco, lugar privilegiado donde podíamos gritarle a las muchachas que nos gustaban, bajo el

anonimato de la oscuridad de la sala. Fue precisamente desde la altura que vi a Karina por primera vez sin el uniforme de la escuela, yendo a nuestro cine donde aprendíamos a soñar distinto. No supe si alguno de mis amigos notó la impresión causada en mí aquella foránea de semblante serio, hablar distinto, que sería mi primera novia. Fue en el Melody donde tuvimos nuestra primera cita ante la burla de los jorges, Alberto y Alex, quienes me lanzaban cacahuates desde lo alto.

Karina llegó casi a mitad del curso, la vimos cruzar la plaza cívica junto al director hasta la puerta de nuestro salón. Después de interrumpir la clase de matemáticas, cosa que agradecemos, y presentarla al grupo, ella se quedó parada sin atreverse a entrar ni a salir. La maestra le indicó su pupitre. Recuerdo todavía la imagen: el cabello crespo, castaño, piel bronce y brillante, delgada y más alta que el promedio. La adolescencia es la peor edad para enamorarse, los varones apenas estábamos a media pubertad; nuestro orgullo era la intensidad del bozo, el pelo en las axilas y el pubis; ellas ya eran muchachas mayores que nos veían como si fuéramos transparentes.

Karina se ganó la antipatía de nuestro grupo, la veían como una forastera sin mérito por la atención prestada y su rápido posicionamiento como la mejor de la clase, cosa que en apariencia no le molestaba, incluso hizo el intento por congeniar con nuestras compañeras, sin lograrlo. Para colmo, la pusieron en nuestro equipo donde mis amigas eran las creadoras de los chismes y le llamaban La Bamba. Yo era el único que le hablaba, primero porque me gustó desde que la vi entrar e hizo que sintiera un temblor diferente en el estómago; segundo, porque mis demás compañeros la trataban mal.

Un fin de semana, su mamá nos invitó a su casa. Organizó una comida con los muchachos que la señora supuso amigos de su hija. La mayoría estábamos acostumbrados al pescado frito o al ceviche, así que probar uno con la carne pálida cubierta con una salsa de tomate y aceitunas fue un suplicio. Alex no tocó su plato, Minerva apenas le dio una probada al arroz, Jorge mintió al decir que ya había almorzado y Anita se hizo la enferma. Yo devoré todo, más para no hacerle el feo que por gusto. Cuando le conté la anécdota a mi madre se rio, pero después explicó que había hecho bien, “conocer de todo, comer de todo, es parte de entender a los demás”.

3

Primero se mostraron sorprendidos cuando les dije que Karina y yo éramos novios. “¿Tú?, ¿desde cuándo?, ¿cómo fue?”, ahí entendí que a muchos les gustaba la recién llegada. Como revancha les conté que ellos mismos fueron los artífices de esa relación.

Jorge me había dado mal la hora para hacer la tarea en casa de Karina; querían jugarme una broma, consideraban que yo era lo suficientemente ingenuo para creerlo, pero también confesaron que por no “jalar parejo”; supuse que se referían a que mi inseguridad me llevó a la rondalla de la escuela y al club de ajedrez y no al equipo de fútbol; o porque no iba con ellos a fumar ni a beber cervezas, escondidos en veredas alejadas del pueblo; o quizá porque a mis 15 años no había ido a la casa de doña Mirna a estrenarme con señoras acostadas en hamacas, con un rollo de papel sanitario y una cubeta de agua como método higiénico. Mi experiencia erótica se había limitado a

besarme con una compañera de la escuela en un “luz y sonido” y pasarle la mano sobre la blusa. Todos contaban sus historias en el prostíbulo, cómo sus papás los esperaban en la puerta con cierto nerviosismo; según su propia visión entraban siendo niños y salían como hombres, pero lo único que cambiaría era su forma de tratar a nuestras amigas.

Les agradecí el gesto de la broma que se convertiría en la oportunidad de estar a solas con Karina aquella ocasión.

Esa tarde llegué diez minutos antes de la hora; la casa era de dos pisos, sin reja ni muro, con un ventanal que permitía ver la cocina. Chequé la hora, siempre me ha gustado ser puntual. Iba a tocar el timbre, pero desistí y caminé hasta la esquina por el nerviosismo. Al regresar la vi de espaldas a través de la ventana, parecía preparar algo de comer. Se movía en la cocina con la majestuosidad de un pez betta. Cuando se volvió hacia la calle seguramente vio el rostro aturdido, sudoroso y asustado de un muchacho vestido como si fuera a una fiesta. Sonrió tan cálida, que en mi imaginación le devolví el saludo de la misma forma, pero después aclaró que en realidad el mío fue una mueca.

Cuando los demás llegaron, estaba yo mojado de sudor, el cabello aplastado y la cara roja por esperar bajo el sol de la tarde. Se morían de risa. No les conté que Karina y yo conversamos a gusto, que algo nos había conectado de manera especial y sólo su viaje inesperado fue capaz de apagarlo. Al menos eso creí.

A veces acompañaba a mis amigos a patinar al parque hasta que la gente desaparecía y sólo nuestros gritos se escuchaban a lo ancho, donde un kiosco desvencijado y una fuente adornaban ese espacio tan grande.